

VII

De rodillas que estuviera el señor de Chandoré ante la voluntad de su nieta, ante los menores deseos de aquella niña, en la que sobrevivían todas sus afecciones despedazadas por la muerte y sus supremas esperanzas, no dejó de pensar mucho cuando subió á tomar de su bufete aqueila fortuna que se le había pedido.

Tan luego como estuvieron fuera de la casa:

—Ahora que ya estamos solos, mi querida hija, comencé, ¿no me dirás para qué quieres tanto dinero?

—Ese es mi secreto respondi6.

—¿Y no tienes bastante confianza en tu abuelo para decírselo, querida?...

Se detuvo. Ella lo hizo seguir.

—Lo sabrás todo, prosiguió la joven, antes de una hora. Pero.... ¡oh! no te enojés buen papá.... Tengo un proyecto que comprendo es demasiado loco. Si te lo dijera, querrías tal vez impedírmelo, y si tu negativa traía una desgracia á Santiago, no sobreviviré yo á su desgracia, y cuáles no serían tus pesares cuando pensaras: "¡Si la hubiera dejado hacer, sin embargo!..."

—¡Dionisia, niña cruel!...

—Por otro lado, prosiguió, si no llegas á trastornar mis proyectos, disminuirás ciertamente mi valor, y lo necesito bastante, abuelo, para atreverme á lo que intento.

—Es que, querida niña, perdona que te lo repita, ciento veinte mil francos..... es una cantidad muy fuerte, y hay muchas gentes valerosas y hábiles que trabajan y se privan toda su vida sin poder llegar jamás á reuniría.

—¡Ah! tanto mejor, interrumpió la joven; tanto mejor mil veces. ¡Puede, en efecto, ser esa fortuna bastante tentadora para que no la rehusen!...

El abuelo Chandoré comenzaba á comprender

—Con todo eso, diño, ¿no me dirás á dónde me conduces?

—A la casa de mis costureras.

—¡A la casa de las señoritas Méchainet?

—Sí.

—No las encontraremos, agregó. Hoy es domingo y deben estar en la iglesia rezando por....

—Las encontraremos, buen papá, porque cenar siempre á las siete y media, á causa de su hermano, el escribano Debemos apresurarnos.

El viejo gentilhomme se apresuraba bien, solo que la calle de la Rampa se encontraba lejos de la plaza del Mercado Nuevo.

Porque era en la plaza del Mercado Nuevo donde vivian las hermanas Méchiné, en una casa suya—casa que debia realizar el sueño de sus dias y la pesadilla de sus noches.

En el año que precedió á la guerra, adquirieron aquel inmueble, por consejo de su hermano y á medias con él, subiendo la suma total á cuarenta y siete mil francos, comprendidos los ré litos.

Fué un brillante negocio, porque el cuarto bajo y el primer piso estaban alquilados en dos mil trescientos francos por año al más rico tendero ó almacenista de Sauveterre.

Las Méchiné no creyeron cometer una imprudencia consagrando á aquella adquisicion diez mil francos, consiguiendo pagar el resto en tres años.

El primer año todo fué bien. Pero sobrevino la guerra y sus desastres, las rentas del

hermano y las hermanas se agotaron, y reducidos á los emolumentos del empleo del escribano, tuvieron que imponerse las más rudas privaciones y aun pedir prestado para hacer frente á sus compromisos.

Con la paz, el dinero volvió á entrarles y nadie dudaba en Sauveterre que saldrian de sus apuros, siendo el hermano el más industrioso de los hombres y las hermanas las que tenian la clientela de las damas más distinguidas de los alrededores....

—Buen papá, están en casa, declaró la señorita Dionisia al llegar á la plaza.

—¿Lo crees?

—Estoy segura. Veo la luz en sus ventanas. El Sr. de Chandoré se detuvo.

—¿Qué debo hacer ahora? preguntó.

—Vas, abuelo, á darme los titulos que tienes en tu bolsillo y á esperarme, paseando de un lado á otro, mientras subo á la casa de las señoritas Méchiné.... Te diria que subieras; pero tu presencia causaria sospechas.... Por otra parte, si el negocio marcha mal, viniendo de una joven no tendrá consecuencias....

El viejo gentilhomme ya no tenia dudas.

—No lo conseguirás, mi pobre niña; dijo.

—¡Oh! ¡Dios mío!... dijo con eniende apenas sus lágrimas, ¡por qué desalentarme!....

El viejo gentilhomme no respondió.

Ahogando un suspiro, sacó los títulos que la señorita Dionisia mal que bien colocó en todos sus bolsillos y en un pequeño saco que llevaba en la mano.

—Vamos, hasta luego, abuelo; dijo cuando acabó.

Y ligera como un pájaro, franqueó la calle y subió á la casa de sus costureras....

Las dos hermanas y el hermano acababan en aquel momento una cena compuesta exclusivamente de un pedazo de puerco frío y una ensalada muy cargada de vinagre,

A la inesperada llegada de la señorita de Chandoré, se pusieron en pié.

—Vos, señorita, exclamó la mayor de las costureras, vos....

Todo lo que habia en ese vos, la señorita Dionisia lo comprendió demasiado. Significaba, ayudando la entonacion: ¡Cómo! vuestro prometido está acusado de un crimen abominable; hay contra él cargos concluyentes, está preso é incomunicado, todo el mundo dice que lo llevarán al Tribunal de Assises y que saldrá condenado, sia embargo, estais aquí!....

Pero la señorita Dionisia tenia en los labios la sonrisa que se habia impuesto.

—Sí, soy yo, respondió. Tengo absoluta necesidad de dos vestidos para la próxima se-

mana, y vengo á suplicaros que me enseñeis las muestras.

Siempre, por consejo de su hermano, las señoritas Méchainet se habian arreglado con un almacén de Burdeos, que les confiaba muestras de todos sus géneros y que les pagaba una utilidad por los efectos que vendian.

—Estoy con vos, señorita, respondió la hermana mayor; permitidme solamente encender una lámpara, porque casi nada se ve.

Y mientras arreglaba el aparato y le cortaba la mecha.

—¿No vas ahora á tu Orfeón? preguntó á su hermano.

—Esta noche, no, respondí.

—Sin embargo, te esperarán.

—No, porque he avisado. Tengo dos mapas que poner sobre la piedra para su impresion y dos copias muy interesantes que acabar para el tribunal.

Y al decir esto, dobló su servilleta y encendió una bujía.

—Buenas noches, dijo á sus hermanas, porque ya no nos veremos ahora.

E inclinándose profundamente ante la señorita de Chandoré, salió con la bujía en la mano.

—¿A dónde va vuestro hermano? preguntó vivamente la señorita Dionisia.

—A su habitacion. Su recámara está enfrente de ésta, del otro lado de la escalera.

La señorita Dionisia estaba más roja que el fuego... Iba, pues, á dejar escapar la ocasion que debía servir á sus esperanzas! Reuniendo todo lo que habia en ella de energia:

—A propósito, exclamò, tengo que decir dos palabras á vuestro hermano, mis queridas señoritas... Esperadme, volveré al instante.

Y se lanzó fuera, dejando á las costureras asombradas de estupor y preguntándose si el golpe que la habia sobrecojido no turbaria su razon.

El escribano estaba todavia sobre la mesa de la escalera, buscando en su bolsillo la llave de la habitacion.

—Es preciso que os hable, le dijo al instante la señorita Dionisia.

Fué tan grande la admiracion de Méchinot, que no encontró qué responder. Solo hizo un movimiento coma para volver á la pieza de sus hermanas...

—Nó; en vuestra habitacion, dijo la joven; es necesario que no puedan oirnos.... Abrid, señor, pero pronto; pueden venir.

El hecho era que estaba de tal manera aturdido, que tardó más de medio minuto en introducir la llave en la cerradura.

En fin, estando la puerta abierta, se hizo á

un lado para que la señorita Dionisia pasara primero.

Pero ella:

—No, dijo, entrad...

Obedeciò. Ella lo siguió y una vez en la pieza, cerró la puerta, empujando una colanilla que habia apercibido...

El escribano Méchinot era conocido en Sauveterre por su aplomo.

La señorita de Chandoré era la misma timidez; por nada, se ponía colorada hasta en lo blanco de los ojos y perdía la voz.

Y sin embargo, no fué la joven la que se quedó suspensa en aquel momento.

—Sentaos, señor Méchinot, dijo, y escuchadme.

Puso la bujía sobre la mesa y se sentó.

—Me conoceis, ¿no es verdad? comenzó la señorita Dionisia.

—Ciertamente, señorita.

—¿Pero acaso ignorais que mi matrimonio con el señor Santiago de Boiscoran, está arreglado?

Como si hubiera sido movido por un resorte el escribano se enderezó dándose en la frente un furioso puñetazo.

—¡Ah! qué animal soy, exclamó, ¡comprendo!...

—Sí, eso es, continuó la joven, vengo á

hablaros del señor Boiscoran, mi prometido, mi esposo!...

Se detuvo, y durante más de un minuto Méchainet y ella quedaron frente á frente, silenciosos é inmóviles, con los ojos fijos; él como preguntando lo que ella iba á proponerle; ella, tratando de adivinar aquello á que debía atreverse.

—Debeis, pues, comprender que sufro, señor, replicó al fin; desde hace tres dias que el señor de Boiscoran está preso, acusado del más cobarde de los crímenes.

—¡Oh! sí, lo comprendo, exclamó el escribano.

Y llevado por su emocion:

—Pero puedo afirmar, prosiguió, que yo que he asistido á toda la instruccion y con la experiencia de los negocios criminales, creo que el señor de Boiscoran es inocente. Esa no es, lo sé, la opinion del señor Galpin Daveline, ni del señor Dauvigeon, ni de los señores del tribunal, ni de la ciudad entera, lo importante es la mía. Sabedlo, he estado allá, cuando han ido á aprehender al señor de Boiscoran al saltar del lecho. Y bien! nada alteró su voz, cuando exclamó: "¡Eh! ¡es el querido Daveline!" entonces me dije: "¡Este hombre no es culpable!"

—¡Oh!... señor, balbuceó la señorita Dionisia, gracias, gracias.....

—No hay por qué darme las gracias, señorita, porque el tiempo no ha hecho más que afirmar mi conviccion. ¡Jamás un culpable ha llegado á tener la actitud del señor de Boiscoran! Esperad, que eso no es todo: cuando fuimos á levantar los sellos, era necesario verle, circunspecto, digno, respondiendo friamente á las preguntas que se le dirigian. Hasta el punto de no poder contenerme de decir al señor Galpin Daveline lo que pensaba, Me respondió que era yo un necio. ¡Y bien? yo, soy tengo que él es.... perdon!.... que él es quien se equivoca. Mientras más estudio al señor de Boiscoran, más me convenzo de que le basta decir una palabra para justificarse.

La señorita Dionisia escuchaba con una atencion tan profunda que casi se olvidaba de lo que la habia llevado á la casa del escribano.

—Así es que, dijo, ¿el señor de Boiscoran no os parece muy afectado?

—Mentiria, señorita, si os dijera que no está triste. Pero lo que es inquieto, no lo está. Pasado el primer aturdimiento, su sangre fria no se ha desmentido, es en vano que despues de tres dias el señor Galpin Daveline agote

todo lo que tiene de penetración y de sagacidad....

Pero se detuvo en el acto, como un hombre ebrio, que recobrando de repente su lucidez reconoce que el vino le ha soltado mucho la lengua.

—¡Dios mío! ¡qué es lo que he dicho! exclamó. En nombre del cielo, señorita, no repitais á nadie lo que acaba de arrancarme mi respetuosa simpatía.

Para la señorita Dionisia había llegado el momento decisivo.

—Si me conocierais mejor, señor, pronunció, sabriais que podeis contar con mi discreción. No os arrepintais de haber llevado, por vue tra confianza, algun consuelo á una horrible desgracia. No os arrepintais, porque...

Su voz se debilitaba, tuvo que hacer un esfuerzo para agregar:

—Porque vengo á pedirós más todavía, ¡oh, sí, mucho más!....

Méchinot se había puesto espantosamente pálido.

—Ni una palabra más, señorita, interrumpió violentamente, sólo vuestra esperanza es una injuria. Ignorais, pues, lo que es mi profesión y que por juramento estoy obligado á ser tan mudo como las celdas donde se encierra á los prisioneros. ¡Yo, un escribano, en-

tregar el secreto de una instrucción criminal!....

La señorita Dionisia temblaba como la hoja, pero su espíritu permanecía claro y sereno.

—¡Dejaríais tal vez, dijo, perecer á un infortunado?....

—¡Señorita!....

—¡Dejarías condenar á un inocente cuando os era posible disipar con una palabra el espantoso error de que es víctima? Me diríais: «Es desgraciado, pero he jurado callar...» y lo veríais con una conciencia tranquila subir al cadalso!.... ¡No, eso no es posible! ¡eso no es verdad!....

—O; lo he dicho, señorita, creo que el señor de Boisecoran es inocente....

—¡Y rehusais ayudarme á hacer brillar su inocencia!.... ¡Oh, Dios mío! ¡Qué idea se forman, pues, los hombres del deber!.... ¡Cómo conmoveros, cómo conmoveros? Es preciso recordar lo que deben ser las torturas de ese hombre honrado, acusado de un infame asesinato! ¡Debo deciros mis mortales angustias, las vuestras, las de sus amigos, las de sus parientes, las lágrimas de su madre, mi dolor, siendo su prometida? ... Sabemos que es inocente, y sin embargo, no podemos probarlo, por falta de un amigo que tenga piedad de nosotros....

En su vida el escribano habia oido tales acentos.

Impresionado hasta lo más íntimo del alma:

—¿Qué quereis, pues? dijo estremeciéndose.

—¡Oh! muy poca cosa, señor, muy poca... Que hagais llegar diez líneas al señor de Bois-coran, nada más diez líneas, y que despues nos traigais su respuesta....

La audacia de la proposicion llenó de espanto al escribano.

—¡Jamás! pronunció.

—¿Permanecereis, señor, sin tener compasion?

—Eso seria traicionar el honor....

—Y dejar condenar á un inocente, ¿qué seria, pues?

La angustia de Méchinot era visible. Aturdido, trastornado, no sabia qué resolver, ni qué contestar....

En fin, un motive para poder rehusar se presentó oportunamente á su espíritu.

—Y si fuera descubierto, baluceó, seria para perder mi empleo, arruinar á mis hermanas, cortar mi porvenir....

Con una mano calenturienta, la señorita Dionisia sacó de sus bolsillos y arrojó en montones sobre la mesa los títulos que le habia dado su abuelo....

—Hay aquí ciento veinte mil francos.... comenzó.

Violentamente el escribano se echó hácia atrás,

—¡Dinero! exclamó, ¿me ofrecéis nada!

—¡Oh! no os ofendais, replicó la joven con un acento capaz de conmover á las piedras. ¿Podria ofenderos cuando os pido más que vida? Hay servicios que con nada se pagan. Pero si los enemigos del señor de Bois-coran llegan á saber que nos habeis ayudado, se verá contra vos su cólera....

Maquinalmente el escribano se desataba su corbata.

La lucha en su interior debía ser terrible....

Se ahogaba.

—¡Ciento veinte mil francos! dijo con voz ronca.

—¡No es bastante! insistió la joven. Sí, tenéis razon, ¡es bien poco! pero tengo más, tengo el doble á vuestra disposicion....

Pálido, con los ojos extraviados, Méchinot se habia aproximado, y con un gesto convulsivo manejaba aquellas masas de títulos, repitiendo:

—¡Seis mil libras de renta!... ¡seis mil libras de renta!...

—No, el doble, dijo la señorita Dionisia, y al mismo tiempo nuestro reconocimiento, nuestra sincera amistad, toda la influencia de las familias reunidas de Chandoré y de Boiscoran, es decir, la fortuna, la consideración, una envidiable situación....

Pero ya, gracias á una poderosa proyección de voluntad, el escribano había recobrado la posesión de sí mismo.

—Basta, señorita, dijo, ¡basta! ...

Y con una voz resuelta, aunque temblando todavía.

—Recojed ese dinero, continuó. Cuando se hace lo que pedís, cuando se traiciona el deber, si obra uno por influencia del dinero, es el último de los miserables... Si no hay otro móvil que una convicción sincera y el interés de la verdad, se puede pasar por un loco, siendo al menos digno de las gentes honradas... Recojed esa fortuna, señorita, que ha hecho vacilar un instante la conciencia de un hombre honrado... Haré lo que deseáis, pero... por nada...

Si el abuelo Chandoré se impacientaba de dar vueltas en la plaza del Mercado Nuevo, las hermanas Méchiné, en su taller, encontraban el tiempo todavía más largo.

... ¿Qué será? se preguntaba la una á la otra,

¿qué será lo que la señorita de Chandoré puede haber dicho á nuestro hermano?

Y al cabo de diez minutos, su curiosidad irritada por las conjeturas más insensatas, convirtiéndose en un suplicio que no podían soportar más, las decidió á ir á llamar á la puerta de la pieza del escribano.

—¡Ah! dejadme tranquilo, les gritó irritado por haberlo interrumpido.

Pero reflexionando corrió á abrir y más dulcemente:

—Volveos á vuestra pieza, dijo á sus buenas hermanas, y si queréis evitarme uno de los más graves disgustos, á nadie le habléis de la entrevista que la señorita de Chandoré y yo hemos tenido en este momento.

Dispuestas á obedecer, las dos hermanas se retiraron, pero no tan violentamente que no hubieran tenido tiempo de apereibir los títulos que la señorita Dionisia había arrojado sobre la mesa y que eran obligaciones del ferrocarril de Paris-Lyon-Mediterráneo. Porque precisamente las señoritas Méchiné conocían aquellas obligaciones por haber poseído ocho en otro tiempo, ántes de comprar la casa.

Su ardiente deseo de saber se complicaba á la vez con un vago terror, y luego que volvieron á entrar en su habitación:

- ¿Has visto? preguntó la menor.
 —Sí, son títulos, respondió, la otra.
 —Había bien quinientos ó seiscientos....
 —Tal vez más.
 —Es decir, para una suma considerable.
 —Enorme.
 —¡Qué significará eso, santa Virgen! á qué debemos atenernos!....
 —Y nuestro hermano que nos ha recomendado el secreto?....
 —Estaba más blanco que su camisa y espantosamente turbado.
 —La señorita de Chandoré lloraba como una Magdalena...
 Era la verdad.

Mientras que había dudado del resultado, la señorita Dionisia había estado sostenida por la idea de que la salvacion de Santiago dependia del valor de ella, su prometida, y de su presencia de ánimo.

Segura del resultado, no necesitaba ya dominar su emocion, y despedazada por el esfuerzo, se dejó caer en una silla derramando abundantes lágrimas.

Habiendo vuelto á cerrar su puerta, el escribano la consideró un momento y más dueño de sí de lo que había sido hasta entonces:

—Señorita, comenzó....

Pero al sonido de su voz ella se irguió, y tomándole las manos que tuvo un momento entre las suyas:

—¡Cómo daros las gracias, señor, exclamó, cómo probaros la inmensidad de mi reconocimiento!....

Si le hubiera venido al escribano la idea de desdecirse, ella se la habría robado, tan irresistiblemente estaba dominado por su encanto.

—No hablemos de eso, dijo con la brusquedad de las gentes que tratan de disimular su emocion....

—No hablaré más, señor, dijo dulcemente la joven; pero quiero, sin embargo, deciros que ninguno de nosotros olvidará jamás la deuda que hemos contraído hoy. El inmenso servicio que vais á hacernos no carece de peligros, me habeis dicho. Cualquiera que se presente, recordarlo bien en este momento, tenéis en nosotros los más adictos amigos....

La interrupcion de las hermanas Méchinot había producido el efecto de devolver al escribano una buena parte de su sangre fria.

—Espero bien que no me sucederá una desgracia, dijo; sin embargo, señorita, no debo ocultaros que el servicio que voy á tratar de haceros, presenta muchas más dificultades de lo que se cree....

—¡Dios mio! murmuró la señorita Dionisia....

—El señor Galpin Daveline, prosiguió el escribano, no tiene tal vez una inteligencia superior, pero conoce su deber y es de lo más fino y excesivamente desconfiado. Ayer, todavía, me decía que no se le oculta que la familia del señor de Boiscoran intentaría lo imposible para sustraerlo á la acción de la justicia. De allí provienen las combinaciones incesantes, la más absoluta desconfianza y un lujo de precauciones de que no se tiene idea. Y la desconfianza lo haría capaz de poner su cama delante de la puerta donde está preso don Santiago....

—Ese hombre nos odia, señor Méchinot.

—No, señorita, no; pero es ambicioso, cree que su carrera depende del resultado de esta instrucción, y tiembla de que su prevenido vuelva ó se lo quiten....

Muy perplejo evidentemente, Méchinot acariciaba su oído con sus propias palabras.

—¿Cómo voy á componérmelas, continuó, para hacer llegar un billete al señor de Boiscoran? Si estuviera advertido, nada más fácil, pero no es así. Además, es tan desconfiado como el señor Daveline. Teme siempre que le tiendan un lazo y se cuida mucho. ¿Si le hiciera una señal me comprendería? ¿Y si le hi-

ciera una señal, el señor Daveline, que tiene muy buena vista, no lo comprendería también?

—No estáis, pues, nunca solo con el señor Boiscorain, señor?....

—Jamás, ni un segundo, señorita. Siempre entro y salgo de la prisión acompañando al juez de instrucción. Me diréis que al salir como paso detrás de él, puedo dejar caer perfectamente el billete... Pero cuando salimos, el carcelero, que tiene buenos ojos, está allí. Tendría también el temor de los excesos de prudencia del señor de Boiscoran. Viendo que le llegaba de aquella manera un billete, sería muy capaz, sin abrirlo, de remitírselo inmediatamente al señor Galpin Daveline.

Se detuvo, y después de un momento de reflexión:

—Lo más seguro, replicó, sería tal vez ponerse de acuerdo con el carcelero Blangin ó con un detenido encargado de servir de espía del señor de Boiscoran.

—¡Frumencio Cheminot! dijo vivamente la señorita Dionisia.

La más extraordinaria sorpresa se vió dibujada en la fisonomía del escribano Méchinot.

—¿Sabéis su nombre? dijo.

—Lo sé, porque Blangin me ha hablado de

ese prisionero, cuyo nombre me hizo efecto el día en que la señora de Boiscoran y yo, ignorando lo que era la incomunicación, fuimos á la cárcel pretendiendo ver á Santiago.

El escribano hizo un gesto de despecho.

—Ahora, dijo, me explico los terrores del señor Daveline. Tuvo noticia de vuestra pretensión, y por eso se imaginó que queriais extraer al prisionero.

Pronunció entre dientes algunas palabras todavía que la señorita Dionisia no entendió; después, accidiéndose:

—¡No importa! pronunció, procederé según las circunstancias. Escribid vuestra carta, señorita, ahí tenéis tinta y papel....

Por toda respuesta, la joven se sentó frente á la mesa de Méchainet, pero en el momento de tomar la pluma:

—¿El señor de Boiscoran tiene libros en su prisión? preguntó.

—Sí, señorita. Al pedirlos, el señor Daveline en persona fué á buscarlos á la casa del señor Daubigeon, algunos tomos de versos y varias novelas de Cooper....

Una gozosa exclamación de la señorita Dionisia lo interrumpió.

—¡Oh, Santiago! exclamó, ¡gracias por haber contado conmigo!....

Y sin fijarse en el profundo asombro de Méchainet, escribió:

“Estamos seguros de vuestra inocencia, y sin embargo, nos encontramos desesperados. Vuestra madre está aquí con un abogado de París, el señor Folgat, muy adicto á nuestros intereses. ¿Qué debemos hacer? Dadnos vuestras instrucciones. Podéis contestar sin temor, porque tenéis «nuestro» libro.

DIONISIA.”

—Leed, señor, dijo al escribano luego que hubo terminado.

Pero él, en lugar de hacer uso del permiso, dobló el billete que ella le dió y lo metió en una cubierta que cerró.

—¡Oh, qué bueno sois! murmuró la joven conmovida por aquella delicadeza.

—No, respondió, busco sencillamente el modo de hacer lo más honrosamente posible una acción.... deshonorosa. Mañana, señorita, espero tener una respuesta.

—Volveré á buscarla....

Méchainet se estremeció.

Guardaos bien de ello, señorita. Las gentes de Sauveterre son bastante ingeniosas para comprender que la «toilette» no os ha de preocupar en este momento, y vuestras visitas aquí parecerían sospechosas. Dejadme el cui-

dato de hacer llegar á vuestras manos la respuesta del señor de Boïscoran.

Mientras que la señorita Dionisia escribía, Méchinet habia hecho un paquete con los títulos que le habia llevado. Al entregárselos, le dijo:

— Tomad, señorita, si necesito dinero para Blangin ò para Frumencio Cheminot, os lo haré saber.... Ahora, partid.... Es inútil que veais á mis hermanas. Me encargo de explicarles vuestra visita.

VIII

— ¡Qué puede haberle sucedido á Dionisia, que no ha vuelto! murmuraba el abuelo Chandoré dando vueltas á la plaza del Mercado Nuevo, consultando su reloj por la vigésima vez.

Durante mucho tiempo, el temor de disgustar á su hija y el miedo de ser regañado, o hicieron estarse en el lugar en que ella le habia mandado esperar; pero al fin, seriamente atormentado:

— ¡Ah! por mi fe, suceda lo que suceda, dijo, voy á arriesgarme...

Atravesò la calzada que separa la plaza de las casas y se metió en el largo pasadizo de la habitacion de las hermanas del escribano Méchinet.